

Maria
**CARTA SIN
SOBRE**

27 Feb.
1955

**A la estatua de
Fernando VII**

Por José I. Rivero

A CABANDO de celebrar recientemente el Cincuentenario de nuestra República y el Centenario del natalicio de nuestro Apóstol y también el Centenario de nuestra bandera, en momentos en que la República recobra de nuevo su ritmo constitucional, que hace que todos los cubanos nos sintamos un poco más tranquilos y más esperanzados en el mejor desenvolvimiento cívico y en la más constante conducta pública propia de país civilizado, a alguien se le ha ocurrido desplazarte del lugar donde tú estabas y pretendiendo ultrajarte no ha hecho otra cosa en el fondo sino herir el sentimiento de los habaneros que en ti veían un símbolo de tradición y un motivo de valor que enriquecía el patrimonio artístico e histórico de la nación.

No sé dónde estarás arrinconada. Quizá te hayan echado en Cayo Cruz, entre toda la basura de la ciudad. Sin duda, estarás triste, muy triste, y sintiendo lástima por esos señores que en pleno siglo XX se muestran tan poco cultos.

Desde hace muchos años eras el centro de una bella plaza habanera: la Plaza de Armas, que darían no sé cuántos millones, los norteamericanos por trasladarla a su Florida o a su California, donde guardan como ricos diamantes las piedras coloniales.

Tú, estatua desplazada, ya eras algo tan habanero como cualquiera de nuestros incomparables palacios donde hoy están el Ayuntamiento o el Tribunal Supremo. Ahora quienes son mucho menos habaneros que tú, te arrancan de tu querida Plaza colonial y dicen que te pondrán en un rincón de museo.

Ten compasión de su ignorancia y perdónalos en su rencor hacia el legado cultural e histórico de la Madre Patria. Después de todo, estos individuos se parecen mucho en sus actuaciones a aquel Ministro del cuento, que después de ver las ruinas del foro de Roma se volvió al amigo, el Ministro italiano, y le dijo en voz baja: —¿No cree Ud. que es algo denigrante para esta gran nación que aún estén estas ruinas aquí?

Tú no eres ruina, pero para nosotros los cubanos la Plaza de Armas, con todo lo que la rodea y tal como fué siempre es lo que para los italianos sus ruinas de épocas de César o de Nerón.

Consuélate, porque estamos seguros que algún día volverás a tu querida plaza. Los habaneros te vemos con simpatía. ¿No te diste cuenta cómo aquel grupo que presenciaba la operación de arrancarte, te aplaudía cada vez que tiraba la grúa y no podía moverte? ¿Y no te diste cuenta de que, cuando al fin te arrancaron a duras penas, hubo silbidos profusos para los que hicieron tal disparate?

Por eso te digo que no te entristezcas, porque los que te han hecho caer de tu pedestal son entes que no podrán llegar nunca a ello, porque para caer de un pedestal es necesario haber estado o llegado a él, y de esa manera —tumbando estatuas y pedestales—, jamás se podrá alcanzar honor similar.

Si los que te quitaron lo hicieron como imaginamos, por odio a la patria de nuestros mayores, trabajo tendrán y atrocidades mayores tendrían que hacer, como por ejemplo, eliminar la farola del Morro, la Catedral habanera e innumerables reminiscencias de nuestros antepasados. No es ésa la manera de hacer patria. El odio no conduce nada más que a la ceguera. La pasión desenfrenada casi siempre va acompañada del error. Para hacer patria hay que hacer cosas más importantes que sustituir una estatua por otra.

Pero si se trata de rendir honor a un Grande de la Patria, como lo es Carlos Manuel de Céspedes, hay que hacerlo con la cabeza, además del corazón. Tumbarte a ti, para ponerlo a él en el lugar en que tú estabas, demuestra que ni hubo cabeza ni hubo corazón en el autor de la idea. Tú debías haberte quedado donde estabas y el Padre de la Patria, en el lugar y con el monumento que él se merece.

Te promete asistir a tu vuelta, porque algún día volverás a tu pedestal, en esa preciosa plaza colonial nuestra, un vasallo, no de tu Reinado, sino de la armonía, de la estética y de lo justo.

J. I. R.

Pepini
llo

**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA